

Monasterio

A*

Eduardo Halfon

Monasterio

Primera edición, 2014

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Eduardo Halfon, 2014
c/o Indent Literary Agency
www.indentagency.com

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Library of Congress

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-77-3
Depósito legal: B. 7.231-2014
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11,5.

Para mi hermana, para mi hermano

Una jaula salió en busca de un pájaro.

FRANZ KAFKA

Uno

Tel Aviv era un horno. Nunca supe si en el aeropuerto Ben Gurión no había aire acondicionado o si ese día no estaba funcionando o si tal vez alguien había decidido no encenderlo para que así los turistas nos adaptáramos rápido a la pastosa humedad del Mediterráneo. Mi hermano y yo estábamos de pie, agotados, desvelados, esperando a que salieran nuestras maletas. Era casi medianoche y el aeropuerto ya no parecía un aeropuerto. Me extrañó ver que algunos pasajeros, también esperando sus maletas, habían encendido cigarros, y entonces yo también saqué uno y lo encendí y de inmediato el humo amargo me refrescó un poco. Mi hermano me lo arrebató. Soltó un suspiro de humo entre indignado y rabioso y murmuró alguna injuria mientras se secaba la frente con la manga de su playera. Ninguno de los dos quería estar allí, en Tel Aviv, en Israel.



Nuestra hermana menor había decidido casarse. Nos llamó a Guatemala desde un teléfono público para decir que había conocido a un judío ortodoxo norteamericano, o más bien que los rabinos de su yeshivá de Jerusalén le habían presentado a un judío ortodoxo norteamericano, de Nueva York, de Brooklyn, y que habían tomado la decisión —nunca entendí quiénes, si los rabinos o ellos dos— de casarse. Mi papá agarró el teléfono, gritó un rato, intentó disuadirla otro rato, y después, resignado, le pidió o suplicó que nos esperara, que íbamos en camino.

Llevaba ella casi dos años viviendo y estudiando la Torá y otros textos rabínicos en una yeshivá de mujeres en Jerusalén. Al principio todos pensamos que era nada más una leve fiebre sionista o hebraica, un arrebatado juvenil por encontrar manifestaciones más profundas de la religión de nuestros abuelos, y que ya se le pasaría. Pero pronto empezó a cambiar su discurso. En cartas, en llamadas, sus palabras ya no eran suyas. Su lenguaje se fue tornando, como sucede siempre con gente repentinamente devota, en un lenguaje arisco y frívolo, en una prédica nada tolerante. Cambió legalmente su nombre a la versión en hebreo. Empezó a enviarnos fotos donde salía tapándose —a veces con un pañuelo, a veces con una peluca— sus hermosos rizos negros: según las reglas y costumbres judías ortodoxas, nos explicó, la belleza de una mujer se manifiesta en su cabello, que es una tentación para los hombres, y ellas, por tanto, deben esconderlo.

Igual con la piel. Mi hermana, joven y guapa, ya sólo usaba vestidos flojos, largos, de una pieza, que no mostraran sus hombros, ni su cuello, ni sus brazos, ni mucho menos sus piernas. Como si fuese prisionera de un atuendo. Como si la tentación pudiese ocultarse nada más bajo un vestido flojo y una peluca. Recuerdo que durante ese tiempo una sola vez volvió a Guatemala, de visita. Nos advirtió con arrogancia que ya no podía tocar a ningún hombre al saludarlo; que sus comidas las prepararía ella misma en las dos vajillas que traía desde Israel, una para lácteos y otra para carnes; que en las veinticuatro horas que dura el shabát teníamos prohibido montarnos a un auto, trabajar, leer, echar agua en todos los inodoros de la casa excepto uno —ni idea de por qué—, encender cualquier lámpara salvo aquellas que, estratégicamente, ella había dejado encendidas desde el ocaso del viernes previo y debían mantenerse encendidas hasta el ocaso del sábado. En algún momento, recuerdo, sentados los cinco alrededor del comedor de la casa de mis padres, mi hermana nos anunció tajante que, según ella, según sus nuevos maestros y rabinos ortodoxos, nosotros cuatro no éramos judíos. Mi papá pegó un par de alaridos. Mi mamá se puso de pie y se marchó llorando, y mi hermano se fue tras ella. Vaya, le respondí a mi hermana, al menos en eso sí estamos de acuerdo.



El carrusel negro seguía inmóvil. Llevábamos casi una hora esperando que salieran las maletas. Aunque mi hermano refunfuñaba de cuando en cuando, ningún otro pasajero parecía muy molesto, tampoco muy sorprendido. Quizás porque todos sabíamos que las medidas de seguridad en Israel son mayores. Quizás porque después de tantas horas de vuelo uno nada más agradece ya no estar metido en su medio metro de avión.

¿Cuánto es de aquí al hotel?, me preguntó mi hermano. Todavía nos faltaba el trayecto en taxi a Jerusalén. Mis papás habían llegado unos días antes para no sé qué preparativos de la boda y nos habían dicho que al salir del aeropuerto tomáramos un taxi al hotel Kadima, en Jerusalén, que no era más de media hora de viaje, que allí nos estarían esperando. Iba a contestarle a mi hermano que aproximadamente media hora, cuando de pronto me encandiló un batallón de aeromozas de Lufthansa. Eran cinco o seis chicas, todas vestidas con sus relucientes uniformes de Lufthansa y con sus gorritas amarillas de Lufthansa y sonriendo sus enormes sonrisas de Lufthansa. Nosotros habíamos volado en Lufthansa, vía Frankfurt, donde el avión, primero estacionado en la puerta de embarque y luego en su recorrido lento hacia el despegue, fue vigilado y escoltado por dos patrullas de la policía alemana y una tanqueta militar.

Las cinco o seis aeromozas se dirigieron juntas hacia un pasajero que estaba fumando recostado contra un enorme cartel de cerveza. Yo de inmediato me sentí culpable y machaqué mi cigarro en el suelo. El señor, un tipo de tal vez cincuenta años, calvo, gordo, pálido, sudoroso, en pantalón corto y sandalias de hule, les mostró su pasaporte y su boleto y al mismo tiempo empezó a discutir recio con ellas, quizás en hebreo o en árabe. Una de las chicas se quedó con los documentos del señor y, por sus muecas y ademanes, parecía estar diciéndole que las acompañara a alguna parte. Pero el señor sólo gritaba y gesticulaba cada vez más recio. De algún lado salieron dos soldados vestidos de verde y sosteniendo ametralladoras y se colocaron a ambos lados del señor. Uno de los soldados insistía en quitarle su mochila, pero el señor la tenía aferrada contra el pecho y parecía estar gritándole que no estaba dispuesto a cederla vivo o, cuando menos, sin una buena pelea. Había empezado a girar el carrusel negro ya con las primeras maletas. A ningún pasajero le importó. Todos mirábamos al señor con una mezcla de curiosidad y miedo y algo de expectativa. Incluso varios pasajeros se habían acercado, por metiches, por si acaso, por si las aeromozas necesitaban ayuda o apoyo. Pero de pronto, en un movimiento experto y premeditado, los dos soldados sujetaron al señor, lo botaron al suelo, lo esposaron, y luego, mientras él seguía gritando en hebreo o en árabe, se lo llevaron medio arrastrado. Así de fácil. Así de rápido.

Varias aeromozas de Lufthansa también se marcharon. Pero dos se quedaron paradas en el mismo sitio, hablando en susurros y también tranquilizando a varios de los pasajeros. Mi hermano me miraba con los ojos muy abiertos mientras movía la cabeza. Quizás pensando: linda bienvenida. O quizás pensando: a dónde mierdas nos han traído. Alcé los hombros. Qué más podía decirle.

Nos acercamos despacio al carrusel de maletas que seguía crujiendo y rechinando, pero crujiendo y rechinando con garbo, con donaire, como una opulenta reliquia. No sé por qué volví la mirada una vez más hacia las dos aeromozas de Lufthansa. Y tampoco sé por qué —acaso influyó el brillo de su uniforme amarillo— había tardado tanto en reconocerla.

No puede ser, le dije emocionado a mi hermano, agarrándolo fuerte del brazo. ¿Qué pasa? Mire, le dije. ¿Mire qué? Allá, le dije, la aeromoza, le dije señalando con la mirada. Creo que es ella, le dije. ¿Cree que es quién? Quizás los uniformes amarillos de Lufthansa aún lo tenían medio deslumbrado, o quizás no la recordaba, o quizás nunca la conoció y yo sólo le había contado de ella. La aeromoza, le dije señalando de nuevo con la mirada. Ya, la veo, ¿y qué pasa con la aeromoza? Lo solté y me quedé viéndola unos segundos, inseguro o temeroso. Creo que es Tamara, le dije. ¿Es quién? Tamara, le repetí un poco sorprendido de haber recordado su nombre después de tanto

tiempo, un nombre que de pronto me sonó sublime, ajeno, hasta inventado.

Mi hermano la observó unos segundos mientras también hacía un esfuerzo por retroceder todos esos años en su memoria y ubicarse en el pasado y procesar aquellas empolvadas imágenes. Pero usted está loco, me dijo, eso es imposible, ¿cómo puede ser la misma? Es ella, le dije y me quedé estudiando un poco sus ojos y sus labios y sus mejillas pálidas y pecosas y su pelo color castaño cobre y apenas salpimentado de canas y tiene ahora el pelo más corto y canoso, le dije a mi hermano, pero es Tamara, le dije ya casi convencido y caminando lentamente en esa dirección. Oiga, ¿adónde va?, le oí decir detrás de mí, si ya están saliendo todas las maletas. ¿Era posible? ¿Era Tamara? ¿Me reconocería después de tantos años? ¿Se acordaría de mí? ¿Me daría un abrazo o un beso o a lo mejor una bofetada? No lo haga, me gritó mi hermano por encima del chirrido del carrusel, no es ella.

¿Tamara?, tocándole el hombro.



Era la una de la mañana cuando por fin salimos mi hermano y yo a la acera del aeropuerto. Había varios taxis, de algunas compañías, de múltiples colores. Sin pensarlo mucho nos acercamos a una furgoneta roja y blanca que parecía más formal y le dijimos al con-

ductor que al hotel Kadima, en Jerusalén. El tipo, de prisa y como enojado, nos dijo yes, yes, Kadima, Yerushalayim, y señaló con la mano hacia atrás. Abrimos las dos puertas traseras, guardamos nuestras maletas, luego dimos la vuelta y entramos por la puerta lateral. En la primera fila había una pareja de turistas franceses que, supuse, también iban al hotel Kadima de Jerusalén. Los saludamos mientras nos tumbábamos detrás de ellos, en la segunda fila, exhaustos.

¿Y entonces?, me volvió a preguntar mi hermano con impaciencia. El taxista estaba gritándole a alguien por radio. Empezó a parecerme extraño que no cerrara su puerta, que no arrancara el motor de la furgoneta para marcharnos. ¿Me va a contar o no?, preguntó mi hermano con los ojos medio cerrados y tono bravucón y yo recosté la cabeza en el respaldo del asiento. Escarlata, le dije.

Antes de verla sonreír con pudor, antes incluso de verla abrir un poco más su mirada azul mediterránea, supe que Tamara finalmente me había reconocido al ver desaparecer, en un repentino torrente escarlata, las minúsculas pecas de sus mejillas. Pero después todo fue torpeza. Nos abrazamos con torpeza. Nos preguntamos y respondimos cosas con torpeza, con cliché, con el caos que genera la emoción y el temor de un reencuentro en medio de pasajeros y maletas y el bochorno del aeropuerto y la evidente gravedad de su uniforme de Lufthansa: interrumpiéndonos y tro-

pezándonos por querer resumir tantos años en unos cuantos segundos. Luego callamos con la misma torpeza, ambos quizás pensando en un encuentro breve y pasado que creíamos haber dejado atrás pero que de pronto volvía y explotaba con la potencia de un volcán. Me preguntó en inglés cuánto tiempo estaría en Israel, y le balbuceé que unos días, que pocos días, sólo para la boda de mi hermana menor, y sí, una boda ortodoxa, y sí, en Jerusalén, y sí, en el hotel Kadima. Su compañera de Lufthansa la llamó, como apurándola, y Tamara le respondió algo en hebreo. Luego sacó un pedacito de papel y escribió su número de teléfono y me dijo que por favor la llamara, que vivía muy cerca del hotel Kadima, que podía pasar a buscarme y llevarme a conocer algunos sitios. ¿De acuerdo, Eduardo?, pronunciando mi nombre como si no fuera mi nombre o como si fuera una versión de mi nombre sólo para ella, y lanzándome fugazmente hacia un bar escocés y unas cuantas cervezas y una boca en forma de corazón y pezones que se muerden duro o se muerden suave, todo depende. ¿De acuerdo?, y se acercó. Me entregó el papel. Puso su mejilla escarlata y pecosa contra la mía y la dejó allí y por favor llama, susurró, ahora sin torpeza alguna y susurrándome mucho más que esas tres llanas palabras. Me gustó sentir el contraste entre su aliento tibio y su mejilla helada. Me gustó reconocer su olor. Doblé el papel y lo guardé en el bolsillo de mi camiseta. ¿Llamarás?, retrocediendo unos pasos. Le dije que seguro,

que esta vez sí, que contara conmigo, y una ligera sonrisa, y entonces Tamara me dijo algo en hebreo, quizás hasta luego, quizás más te vale, y se marchó con su compañera de Lufthansa.

¿Llamará?, me preguntó mi hermano, quien llevaba más de una hora durmiéndose y despertándose y maldiciéndome a mí, al taxista, a los vestigios militares puestos como decoración a lo largo de la autopista, a los turistas franceses, a la eterna y laberíntica odisea nocturna hacia nuestro hotel de Jerusalén. No sé, le dije negando con la cabeza vanamente en la oscuridad de una furgoneta vacía, ya sin más pasajeros: uno de los cinco pasajeros, un joven israelí volviendo del Perú, nos había explicado en español que aquello era un tipo de taxi colectivo, llamado sherut. Guardé silencio, recordando el rostro sonrojado de Tamara, recordando con placer el olor a lavanda de Tamara, y recordando de pronto el anillo de oro blanco en su anular izquierdo.

¿Llevaba puesto un anillo de oro blanco? ¿Se lo había visto o me lo estaba imaginando ahora, en el silencio de una furgoneta vacía? ¿Se había casado?

Cuando por fin nos detuvimos en la entrada del hotel eran las tres de la madrugada.

